

CANTO XXXIII.

Prosigue D. Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por qué se mató; tambien se contiene en este canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con impetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.

La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del Poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa,
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Túnez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el aire claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,
Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria.
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que desollado
Hizo estirar el cuero en su presencia:
Y en tiras sutilísimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la reina sagaz y aviso extraño
Le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasia
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traia
Los ocultos tesoros escapados;
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque cuando el hermano lo supiese,

Faltando la ocasion no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos
Al órden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traídos maestros arquitectos,
Juntos los necesarios materiales;
Dió principio la reina valerosa
A la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por órden fabricada
Mostrándose los hados mas propicios,
En breve ennoblecida é ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó creando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y paz y órden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que al pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento,
Y los términos cortos dilatava;
Así que, el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Y viniendo á avecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
La invencion del papel despues hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel carta llamada,
Del cual nombre aun usamos hoy en dia:
Así aquella ciudad edificada,
En el lugar por una piel medido,
De carta la llamó Cartago Dido.

Hizose en poco tiempo tan famosa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros príncipes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su sér, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,

Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al parangon con ella;
Así que por milagro de natura
Como cosa no vista iban á vella,
Que no sé en las idólatras del suelo
A quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron;
Pero todas perfectas tantas cosas
Como en Dido, en ninguna se juntaron:
Fué rica, fué hermosa, fué castisima,
Sábía, sagaz, constante y prudentisima.

Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia, movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
A la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento
Como de tan gran rey despreciadora,
Sobre ella con ejército vendria,
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el senado,
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente:
Causóles turbacion, considerando
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio difícil adelante:
Así que ante la reina parecieron

Con triste rostro y tímido semblante,
 Bajos los ojos, la color turbada,
 Mostrando displacer con la embajada,
 Diciéndole: «Sabrás que habiendo oido
 Yarbás tu buen gobierno y regimiento,
 Por la parlera fama encarecido,
 Y desta tu ciudad el crecimiento,
 De una loable pretension movido,
 Pide que sin algun detenimiento
 Veinte de tu consejo mas instrutos
 Vayan á reformar sus estatutos.

«Y siendo de sufrir áspera cosa,
 Impropia á nuestra edad y profesiones,
 Dejar la patria cara y paz sabrosa
 Por ir á incultas tierras y naciones,
 A corregir de gente sediciosa
 Las costumbres y viejas condiciones,
 Todos tus consejeros lo rehusan,
 Y con causas legítimas se excusan.

«Viendo que el caro y último sosiego
 Sin esperanza de volver perdemos,
 Y no condescendiendo al impío ruego
 En gran peligro la ciudad ponemos;
 Pues con grueso poder y armada luego
 Al indignado jóven rey tendrémos,
 Para asolar á hierro y fiera llama
 Tu pueblo insigne y celebrada fama.

«Esto es en suma lo que Yarbás pide
 Con ruegos de amenaza acompañados,
 Pero nuestra cansada edad lo impide,
 Y las leyes nos hacen jubilados;
 Pues no es razon si por razon se mide,
 Que de largos trabajos quebrantados
 Dejemos nuestras casas y manida
 En el último tercio de la vida.

«Si á los peligros en la edad primera
 Por adquirir honor nos arrojamos,
 Es bien que en la cansada postrimera
 Gocemos del descanso que ganamos,
 Y á nuestra abandonada cabecera
 Al tiempo incierto del morir tengamos
 Quien nos cierre los ojos con ternura,
 Y dé á nuestras cenizas sepultura.

«Y pues tiene de ser en tu presencia
 Esta perjudicial demanda puesta,
 Conviene que con maña y advertencia
 Te prevengas de medios y respuesta,
 Atajando tu seso y providencia
 El mal que el mauritano rey protesta;
 De modo que la paz y amor conserves,
 Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
 A la compuesta habla artificiosa,
 Y con alegre rostro y grave risa,
 Aunque sentía en el ánimo otra cosa,
 A todos los trató y miró de guisa
 Tan agradable, blanda y amorosa,
 Que si en verdad la relacion pasara
 De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
 Jamás os ví rendidos vez alguna,
 Y en los grandes peligros esforzados
 Hicistes siempre rostro á la fortuna:
 ¿Cómo de tantas prendas olvidados
 En tan justa ocasion, por solo una
 Breve incomodidad de una jornada
 Quereis ver vuestra patria arruinada?»

«Es á todos comun, á todos llano
 Que debe como miembro y parte unida
 Poner por su ciudad el ciudadano
 No solo su descanso, más la vida;
 Y por razon y por derecho humano
 De justa deuda natural debida,
 A posponer el hombre está obligado
 Por el sosiego público el privado.

«Al alto y grande Júpiter pluguiera
 Que bastara ofrecer la vida mia,
 Que presto el judicioso mundo viera
 Cuán voluntariamente la ofrecia:
 Y pues habeis pasado la carrera
 Por tan estrecha y trabajosa via,
 No es bien que al rematar tan largo trecho
 Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido
 Por el camino de razon llevada,
 En el armado lazo habia caído

En sus mismas palabras enredada ,
Cambiando en rostro alegre el afligido ,
Las manos altas y la voz alzada ,
Le dicen todos juntos: «Como estamos ,
Tus urgentes razones aprobamos.

«Justamente, señora, sentenciaste
Sacándonos de duda y grande aprieto ,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto ;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto ,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

«Sabrás , reina , que Yarbas no te envía
Por tus ancianos viejos impedidos ,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su reino y pueblos corregidos :
Solo quiere tu gracia y compañía ,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honrosas condiciones ,
Y un infinito número de dones.

«Advierte , que si acaso no acetares
El santo conyugal ayuntamiento ,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento ,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimjento ;
Así que en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

«Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga ,
Con más razon y fuerza más urgente
Como cabeza á ti la ley te obliga ;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga ,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

«Cuando á seguir estés determinada
El casto infructuoso presupuesto ,
Mira á tus piés esta ciudad postrada ,
Y al inocente cuello el lazo puesto ,
Que por tí renunció la patria amada
Debajo de promesa y de protesto ,

Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»

Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta ,
Que por más que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta ;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta ,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada ,
Diciéndoles: « Amigos, yo quisiera ,
Para que todo escándalo se evite ,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas más nos necesite ;
Pero el negocio y caso es de manera ,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto ,
Aunque os parezca á todos que es honesto.

«Que es mostrar liviandad, y demás deso
Falto á la obligacion y fe que debo ,
Si del intento casto y voto expreso
A la primera persuasion me nuevo ,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo :
Así que combatida de contrarios
Son el tiempo y consejo necesarios.

«Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto ,
Y dar satisfaccion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto :
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto ,
Y como instituidores de las leyes
Tienen más ojos sobre sí los reyes.

«Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega ,
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega ;
Tomar pues menos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega ,
Y no conviene á Dido dar disculpa ,
Que es indicio de error , y arguye culpa »
Cerróse aquí la reina , y fué forzado

Hacer con los de Yarbas nuevo asiento,
 Que aguardasen el tiempo señalado
 Para determinar el casamiento:
 Los cuales, por el ruego del senado
 Y el gracioso hospedaje y tratamiento,
 Quedaron en Cartago aquellos días
 Con grandes regocijos y alegrías.
 Y aunque el senado en la demanda instaba
 Por el provecho y general sosiego,
 La reina la respuesta dilataba
 Dando gratos oídos á su ruego;
 Y entre tanto en secreto aparejaba
 Lo que tenia pensado desde luego,
 Que era acabar la vida miserable
 Primero que mudar la fe inmutable.
 Llegado aquel funesto último día,
 El pueblo en la ancha plaza congregado,
 Ricamente la reina se vestía
 Subiendo en un exento y alto estrado,
 Al pié del cual una hoguera habia
 Para la imola y sacrificio usado,
 De donde á los atentos circunstantes
 Les dijo las palabras semejantes:
 «¡Oh fieles compañeros! que contino
 En todos los trabajos lo mostrastes,
 Que por seguir mis hados y camino
 Vuestras casas y patria renunciastes:
 Hoy la fortuna y áspero destino
 Por el último fin de sus contrastes
 Me fuerzan á dejar á costa mía
 Vuestra cara y amable compañía.
 «Si apartarme de amigos tan leales
 Hace esta mi partida dolorosa,
 Los consultados dioses celestiales
 No disponen ni pueden otra cosa;
 Y así por desviar los grandes males
 Que tienen á Cartago temerosa,
 Pues ponen en mis manos el remedio,
 Quiero quitar la causa de por medio.
 «Que pues del cielo el áspero decreto
 De poder tener bien me inhabilita,
 Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
 A quebrantar la fe me necesita,

Quiero cortar á Yarbas el sugeto
 Del engañado amor que así le incita,
 Dando á mi vida fin, pues deste modo
 Faltando la ocasion cesará todo.
 «Esto será con darme yo la muerte,
 Y aunque os parezca este remedio extraño,
 Es más fácil, más breve, y ménos fuerte,
 Y en fin particular y poco el daño:
 Pues sin peligro vuestro desta suerte
 Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
 Y yo conservaré con más pureza
 Del casto y viudo lecho la limpieza.
 «Hoy por el precio de una corta vida
 La vejacion redimo de Cartago,
 Dejando ejemplo y ley establecida
 Que os obligue á hacer lo que yo hago;
 Y con mi limpia sangre aquí esparcida
 Al cielo y á la tierra satisfago;
 Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
 Con inviolable amor la fe primera.
 «No lamenteis mi muerte anticipada,
 Pues el cielo la aprueba y solemniza:
 Que una breve fatiga y muerte honrada
 Asegura la vida y la eterniza.
 Que si el cuchillo de la parca airada
 Al que quiere vivir le atemoriza,
 No os debe de pesar si Dido muere,
 Pues vive el que se mata cuando quiere.
 «A Dios, á Dios, amigos, que ya os veo
 Libres, y á mi marido satisfecho.....»
 Y no les dijo más con el deseo
 Que tenia de acabar el fiero hecho.
 Así llamando el nombre de Siqueo,
 Se abrió con un puñal el casto pecho,
 Dejándose caer de golpe luego
 Sobre las llamas del ardiente fuego.
 Fué su muerte sentida en tanto grado,
 Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
 Y en memoria del caso señalado
 Un suntuoso templo le fundaron,
 Donde con sacrificio y culto usado
 Mientras las cosas prósperas duraron
 De aquella su ciudad ennoblecida

Por diosa de la patria fué tenida
 Y aborreciendo el nombre de señores,
 Muerta la memorable reina Dido,
 Por cien sábios ancianos senadores
 De allí adelante el pueblo fué regido;
 Y creciendo el concurso y moradores
 Vino á ser poderoso y tan temido,
 Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
 Le puso en gran trabajo y estrechez.

Este es el cierto y verdadero cuento
 De la famosa Dido difamada,
 Que Virgilio Maron sin miramiento
 Falseó su historia y castidad preciada,
 Por dar á sus ficciones ornamento;
 Pues vemos que esta reina importunada
 Pudiéndose casar y no quemarse,
 Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
 El extraño suceso peregrino,
 Cuando al fuerte llegamos acabando
 La historia juntamente y el camino;
 Y en él aquella noche reposando,
 Venida la mañana nos convino
 Procurar de tener con diligencia
 Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
 Fué de una escolta nuestra prisionero,
 Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
 Suelto de manos y de piés ligero,
 Con promesas y dádivas vencido
 Dijo: «Yo me resuelvo y me prefiero
 De daros llanamente hoy en la mano
 Al grande general Caupolicano.

«En un áspero bosque y espesura,
 Nueve millas de Ongolmo desviado,
 Está en un sitio fuerte por natura
 De ciénagas y fosos rodeado:

Donde por ser la tierra tan segura
 Anda de solos diez acompañado,
 Hasta que vuestra próspera creciente
 A plaque el gran furor de su corriente.

«Por una estrecha y desusada via
 Sin que pueda haber dello sentimiento,

Seré en la noche oscura yo la guía,
 Llevando vuestra gente en salvamento,
 Y antes que se descubra el claro dia
 Daréis en el oculto alojamiento,
 Donde cumplir del todo yo me obligo,
 Pena de la cabeza lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida
 Viéndole en su promesa tan constante;
 Y así luego una escuadra prevenida
 De gente experta y número bastante,
 Para toda sospecha apercebida,
 Llevando al indio amigo por delante
 Salió á la prima noche en gran secreto
 Con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta é intrincada
 Subiendo grandes cuestas y bajando,
 Del solícito bárbaro guiada
 Iba á paso tirado caminando.
 Mas la oscura tiniebla adelgazada
 Por la vecina aurora reparando,
 Junto á un arroyo y pedregosa fuente
 Volvió el indio diciendo á nuestra gente:

«Yo no paso adelante, ni es posible
 Seguir este camino comenzado,
 Que el hecho es grande y el temor terrible
 Que me detiene el paso acobardado,
 Imaginando aquel aspecto horrible
 Del gran Caupolican contra mí airado,
 Cuando venga á saber que solo he sido
 El soldado traidor que le ha vendido.

«Por este arroyo arriba, que es la guía
 Aunque sin rastro alguno ni vereda,
 Daréis presto en el sitio y ranchería,
 Que está en medio de un bosque y arboleda;
 Y antes que aclare ya el vecino dia,
 Os dad priesa á llegar, porque no pueda
 La centinela descubrir del cerro
 Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

«Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
 Dejándoos como os dejo en este puesto,
 Adonde salvamente os he traído
 Poniéndome á peligro manifesto;
 Y pues al punto justo habeis venido,

Os conviene dar priesa y llegar presto :
Que es irrecuperable y peligrosa
La pérdida del tiempo en cualquier cosa.

«Y si sienten rumor desta venida ,
El sitio es ocupado y peñascoso ,
Fácil y sin peligro la huida
Por un derrumbadero montuoso .
Mirad que os daña ya la detenida ;
Seguid hoy vuestro hado venturoso ,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

No por caricia , oferta ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante ,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
A sacarle del tema fué bastante ;
Y viendo el tiempo corto , y que la priesa
Les era á la sazón tan importante ,
Dejándole amarrado á un grueso pino ,
La relacion siguieron y camino .

Al cabo de una milla y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío ,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío ;
La plaza en derredor fortificada
Con un despeñadero sobre el río ,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas , casillas , ranchos y cabañas .

La centinela en esto descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente ,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente ;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente ,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta ,
Que ya á aquella sazón estaba abierta .

Mas viendo el paso en torno embarazado ,
Y el presente peligro de la vida ,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida ;
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caída ,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada .

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante acercándose á la puerta ,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta ;
En esto el paso el indio retirando
Visto el remedio y la defensa incierta ,
Amonestó á los suyos que se diesen ,
Y en ninguna manera resistiesen .

Salió fuera sin armas requiriendo
Que entrasen en la estancia , asegurados
Que eran pobres soldados , que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados ;
Y así con priesa y turbacion , temiendo
Ser de los foragidos salteados ,
A la ocupada puerta habia salido
De las usadas armas prevenido .

Entraron de tropel donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia ,
Que rendidas las armas se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia :
Todos atrás las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia ,
Guardando al capitan disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado .

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje ,
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje .
Gastóse algun espacio y tiempo en esto ,
Tomando de los otros más lenguaje ,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre .

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada ,
Que rancho , casa y choza no quedaba ,
Que no fuese deshecha y saqueada ,
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una mujer huyendo apriesa
Por lo más agrio de la breña espesa .

Pero alcanzóla un negro á poco trecho
Que tras ella se echó por la ladera ,
Que era intrincado el paso y muy estrecho ,

Y ella no bien usada en la carrera :
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado ,
Con grande extremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante.
En esto ya la gente iba saliendo
Al lino del arroyo resonante ,
Cuando la triste Palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante ,
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado ,

No reventó con llanto la gran pena ,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra ;
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo : « La robusta mano ajena
Que así ligó tu afeminada diestra ,
Más clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

« ¿ Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas ,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones mas extrañas ?
¿ Eres tú el capitan que prometias
De conquistar en breve las Españas ,
Y someter al ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio ?

« ¡ Ay de mi, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano ,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia , mujer del gran Caupolicano ;
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido en vano ,
Viéndote prisionero en un desierto
Pudiendo haber honradamente muerto !

« ¿ Qué son aquellas pruebas peligrosas
Que así costaron tanta sangre y vidas ,
Las empresas difíciles , dudosas ,
Por tí con tanto esfuerzo acometidas ?
¿ Qué es de aquellas victorias gloriosas
Desos atados brazos adquiridas ?

Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.

« Dime: ¿ faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿ No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras á esta prenda desdichada ,
Pues que de tí no queda ya otra cosa ,
Que yo apenas la nueva me viniera
Cuando muriendo alegre te siguiera.

« Toma , toma tu hijo , que era el ñudo
Con que el licito amor me habia ligado :
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado ;
Cria , criale tú , que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado :
Que yo no quiero titulo de madre
Del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto colérica y rabiosa ,
El tierno niño le arrojó delante ,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante ;
En fin , por abreviar , ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
Á que la madre ya cruel volviese
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre , y comenzaron
Á dar la vuelta y á seguir la via ,
Por la cual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la fida guia ,
Que atada al tronco por temor dejaron ;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza abanderada
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hizose con los indios diligencia
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolican , que su apariencia
Daba claros indicios que lo fuese ;
Pero ni ausente dél , ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado
De baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos, despues más animados

Cuando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podía,
Dejando aquel remedio infructuoso,
Quiso tentar el último que había;
Y así llamando al capitán Reinoso,
Que luego vino á ver lo que quería,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la elección del nuevo general; manda el rey D. Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caída:
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo indiano
Tuvo en las armas el lugar primero;
Mas cargó fortuna así la mano
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caída.

El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,